

# LA PROTESTA

## NUESTROS EDITORIALES

### Consideraciones sobre los defensores del Idó abajo IX Congreso de la Federación

Dejemos del todo aparte la cuestión personal que, para ciertos compañeros, ha podido ser quitar el Comunismo Anárquico de la Federación; no vale ella los gramos de tinta que se pudieran gastar combatiéndola, ni el espacio que se robara a «La Protesta». Un criterio equilibrado reprochará sin duda que pueda hacerse cuestión de empeño personal el de quitar a los obreros federados el elevado idealismo que tienen, por deseo de verlos sin ningún idealismo, o por menor propio de poder hacerlo; y reprochará doblemente que ésta acción la haga un anarquista, si continúa llamándose tal, pues no puede admitirse una duplicidad que, por un lado, afirma que no hay nada más bueno que el anarquismo, y haga públicamente su apología; y por el otro, piense, y obre públicamente en tal sentido, que se debe limitar a los obreros de la influencia de los anarquistas, para que sus organismos sean neutros y su acción únicamente la que les dicte su egoísmo de clase, rechazando como locuras absurdas las ideas y la orientación de los anarquistas. Aquí hay inconsecuencia y medida doble, —se mide con dos medidas, — porqué, en efecto, el anarquismo es bueno, y entonces el consejo de los anarquistas no puede ser sino beneficioso por responder a las más elevadas ideas, o el anarquismo es malo, y entonces no hay que ampararse en él, o colocarlo en otro punto fuera de lo que un organismo obrero puede querer sino combatirlos respectivamente como perjudiciales en todas partes, pues midiendo con un sola medida, el mismo resultado da aquí o allí, y queda para la duplicidad de criterio, o sea de medidas, encontrar un resultado diferente, y hasta inconciliable y opositor como en este caso, entre el anarquismo en la coactividad que lo profesa, y el anarquismo en la orientación o finalidad de los organismos obreros.

Esta duplicidad de criterio es lo que puede interesarnos, pues como que a que sea se trata de anarquistas o de personas que se dicen tal, y ello revela que poseen y juzgan con un criterio doble, — miden con dos medidas, — uno de los cuales no es anarquista, y se ha caracterizado y es conocido por sindicalista. Sobre esto es que queremos llamar la atención de los compañeros, aunque parezca ocioso, para juzgar de su anarquismo, ya que no han encontrado mejor manera de defenderse que decirse anarquistas y hacer públicamente la apología de este ideal; mientras públicamente también, o en el IX Congreso y en su actitud posterior, han combatido no sólo las ideas, sino la amiscuación de los anarquistas en el movimiento obrero, para tratar de mantenerlo en su orientación y finalidad.

La contradicción es de aquellas que son evidentes en seguida; por eso, sus cabos que no atan, sus extremos que no juntan, sus razonamientos que se dan de calabazadas, han encontrado tan pocos adeptos, tan pocas que mejor hubiera hecho en quedarse con nosotros, si es que aspiraban al éxito, como indudablemente aspiraban por propósito personal. La vuelta de esos compañeros, una vez convencidos de su duplicidad de criterio, si es que eran anarquistas y solamente han estado equivocados, no se hará esperar. He aquí lo que servirá de piedra de toque para conocerlos en lo sucesivo.

Si persisten en medir con la medida de los sindicalistas, sindicalistas serán. A ellos, entonces, hacer la apología del objeto perseguido por los sindicalistas; a nosotros afirmar y validar el anarquismo, pues anarquistas somos. ¿No es esto, para nosotros, perfectamente lógico y claro? Una debe ser, para nosotros, nuestra acción en todas partes; una es también, para el sindicalismo, su combate contra la finalidad social del anarquismo, y por lo tanto contra el Comunismo Anárquico o el hecho ingrato de que las organizaciones adopten esta finalidad, en vez de la sindicalista, que es ser neutra y no pensar en cambiar el estado social.

Entonces no hay que evadirse a la conciencia que piden las ideas y por esta conciencia puede muy bien rotarse y definirse, como se rotó en afuera y definen los mismos obreros.

En el colmo del entusiasmo patriótico, ha aplaudido a la moda de su país, ¡silbando!.

Una salva de aplausos atronadores coronó el discurso.

¡Bravo! ¡Bravo! — gritábase de todas partes, y todo el mundo miraba hacia el lugar donde estaba, o en el que se suponía que estaba el negro. Pero había desaparecido. Entendieron que lo llamaban a escena, escapó; se a través de la sala por una de sus orillas, y llegando a las candelillas pretendía izarse al escenario echando una pata, como un escarabajo, sobre la concha del apuntador. Pero no se juzgó apropiado a tal solemne fiesta. Aferrado en astroso uniforme, que le venía ancho, y embudada la chola en un entre bocuquín y gorro de pana roja, el héroe no estaba presentable.

Pero se le ovacionó fuertemente, y luego se le hizo desaparecer con discreción por el foro.

Poco después, al retirarse del teatro, alcanzó a ver arrojado, musio y pensativo — como si recordase a Marruccos — en un pasillo del teatro, y al pasar a su vera, miróme con simpatía, sin duda por haberse fijado en el verde de mis zapatillas. ¡Tal vez ellas le llevaron al corazón el recuerdo de otras babuchas, el cariño de su propio terruño; y silenciosamente, al pasar yo, me estrechó la mano!

Y esta mañana, acordándome de él y de su silbido perturbador, aunque, según dijo el actor, no era irrisorio, sino enconado, y por el que estuve a punto de dejar la piel — su triste piel de negro civilizado —, recordé que no hace mucho, cuatro o cinco años, en los teatros de la banlieue aplaudíanse canciones internacionalistas contra la guerra.

Quizás esos aplausos — como el silbido, expresaban todo lo contrario... Luis Bonafoux.

París.

ACTUALIDAD

¡Chao, chao, chao!

La tenían que cantar, no más. La espartaban. Para que hombres o instituciones la canten, suelten la nota, se les saltó irrefrenable, como un grito de dolor o de expansión de pulmones, no hay más que hacer lo que hicimos: cerrarles el paso en firme, firmemente; apurarlos con la Idea, gritársela en las cabezas hasta aturdirlos. La cantan, la sueltan, se les escapa.

res! A sus centros, a sus cauces, a sus madres!

Blasco Ibáñez

Diremos una herejía, sin duda, diciendo que Blasco Ibáñez, como novelista, por lo fácil, lo fluido, lo agua corriente que es, nos revienta... Sin embargo, lo diremos: Blasco Ibáñez nos revienta.

De la obra, de cualquier obra, apreciemos el esfuerzo, el golpe de mano airado, el testarudo, a las veces clamoroso, al aire libre, a las veces trramudo, borbotante, como golpe de lava bajo la tierra.

Gente que lo dice todo, que abre la prosa y la larga como agua de una cañilla, hasta quedarse sin gota, es gente de poca hondura, que nos revienta. Blasco Ibáñez, sí, señores, tiene una cultura orgánica, escritora, que le viene de la raza, como a perro perdiguero. Tiene aquello que no cuesta, lo que aparece al nacer, tal cual las gibas o las coxas. Pero, no basta, no basta. Precisa-

mente es de ahí, desde ese punto adelante, que apreciamos al artista. Por lo que entra, testarudo en las mañanas, y se recoge molido, borbotante, tascando contradicciones todas las noches.

Blasco Ibáñez nos revienta. Por lo fácil, lo fluido, lo cultivado. Está a mil metros de Zola, abajo. Aunque esté a diez mil millones del mejor de los mejores novelistas de América, arriba. No padece de indiferencia de futuro. No tiene más que la raza.

¡Qué! El arte no es acaso revelación infinita, cable de ascenso, taladramiento en la sombra? ¡Ideal!... ¡No creemos sino en los hombres que sufren, que paren con el dolor de la cenitria, que muestran en cada obra la marca negra de la tierra en que parieron, revolcándose! No creemos en Blasco Ibáñez, novelista. ¡Nos revienta!

Y, diputado español, adúlador de políticos, negro de sus paisanos, aquí, ladronazo... nos revienta mucho más. Igual que a los catalanes que lo han silbado hasta echarlo, volado, para Pañes. Pero, no basta, no basta. Precisa-

mente es de ahí, desde ese punto adelante, que apreciamos al artista. Por lo que entra, testarudo en las mañanas, y se recoge molido, borbotante, tascando contradicciones todas las noches.

## Los enemigos del pueblo

### La burocracia y el socialismo

A medida que las formas sociales desarrolladas por el industrialismo se consolidan, van perfilándose en el escenario de la lucha nuevos factores balgnerantes, nuevas formas de agregación política, que imperativamente demandan participaciones, alegan intereses e invocan la importancia de sus servicios en el mantenimiento de la convivencia colectiva.

La famosa división considerada por Marx como una ley histórica, previendo la subsistencia de dos únicas clases antagónicas y preponderantes formadas por la disgregación de los grupos intermedios, es una ley invertida por los hechos, un error máximo de generalización, cuya aceptación ha producido en primer lugar el enorme desvío socialista hacia el reformismo burgués-liberal, y secundariamente la esterilidad de los colosales esfuerzos desplegados por dos generaciones en procura del poder político para la fácil posesión del poder económico, concentrado según la ecuación marxista en un reducido número de manos. Esta equivocación, hoy, es evidente.

Las clases sociales lejos de concentrarse, sufren diariamente desprendimientos que acumulados dan lugar a la formación de nuevas fracciones, lo mismo que los elementos unicelulares se pluralizan por simple ley mecánica de reproducción. Naturalmente que las denominaciones varían; que las formas en sus adaptaciones acumulativas se modifican, pero las posiciones, los intereses y las características no se alteran muy sensiblemente; y, si por un período alguna clase ha manifestado eclipsarse engañando el juicio de teorizadores, especulativos como Marx, resurgieron pronto, rehechas y concretadas, llenando el pedáneo de la escala social momentáneamente trunca.

Hace tiempo que nosotros señalamos este garrafal desliz marxista anotando la existencia definitiva de una clase social intermedia, perfectamente constituida, con acción propia — llamada a desempeñar un rol importante en la trayectoria proletaria hacia el comunismo anarquista. De ahí, no haber sido sorprendidos por la misma constatación hecha por Maetzu recientemente, elevando al funcionalismo a fracción independiente, como clase en situación de lucha: para disputarle a la burguesía la hegemonía de la producción y al proletariado sus visiones de conquista.

El funcionalismo, amalgama proletaria y burguesa, formada por esa enorme multitud de empleados mercantiles, oficiales, e industriales, por accionistas, periodistas, militares y demás componentes de las profesiones liberales, es la nueva clase, la que sustituye a la mesocracia moribunda, y día a día adquiere nuevas posiciones, estre su órbita, acuña su presión, amplía su influencia, infectación, corrompe y vence, llenando el mundo con sus luchas.

Sobradamente ha sido comprobado que el factor incentivo de la guerra, el principal, residió en los codiciosos mangas de la burocracia omnipotente. Último ejemplo de ello lo dieron los conservadores italianos, votando contra su

promulgación y el proletariado haciendo ruidosas manifestaciones neutralistas; solamente al funcionalismo convenía para desalojar del país a la plutocracia extranjera dominante en la península.

En Inglaterra toda la acción de los partidos burocráticos representados por la cámara de los comunes es para arrebatrar la hegemonía política y territorial al despotismo de los lores. En Francia es el funcionalismo triunfante el que regula todas las fuentes vivas de la república y funcionarios salidos de las administraciones capitalistas son los gobernantes que la dirigen. No excluyamos a España, Argentina y demás países agrícolas, en donde el funcionalismo se hace más intolérable y absorvente a medida que se industrializa y el Estado nacionalizador, inspirado por el socialismo, va trufificando los medios de producción y de transporte.

Ahora bien; las clases sociales, sujetas a los reflejos de la producción y al progreso industrial, al constituirse, se formalizan de inmediato como organismos políticos para la defensa de sus intereses y para la conquista de situaciones mejores; así tenemos: el partido conservador representa a la plutocracia; el partido radical o liberal, a la clase media y el partido socialista al funcionalismo o burocracia. El ascenso de estos partidos depende de la preeminencia de su clase, como lo demuestra el radicalismo suplantado por el socialismo allí donde el desarrollo de la industria acumuló la masa burocrática en sustitución de la clase media, desalojada en la misma medida que progresa el industrialismo y se organiza en sindicatos de producción.

Son muy importantes las consecuencias que el proletariado puede deducir de las conclusiones señaladas, especialmente para delimitar su posición y sus relaciones con el partido socialista. Consideran algunos que los intereses de ambos tienen puntos de afinidad en momentos de contacto que pueden ser unificadlos en la lucha. Esas coincidencias serán cada vez más remotas e imposibles conforme el divorcio del socialismo se acentúa como partido con intereses diferentes y opuestos a los que preocupan al proletariado.

Igual que en la distintas ramas zoológicas, las clases, representadas orgánicamente por partidos políticos, tienen un tronco común: la propiedad, pero se desarrollan en sentido profundamente divergente, hasta trocarse en adversarias y competidoras. Necesariamente, entonces, el partido socialista deberá ser considerado por el proletariado como fracción enemiga, que no podrá extimirse de combatir porfiada y sistemáticamente para el mejor logro de sus anhelos.

Todo contribuye a denunciar como partido burocrata, al socialismo, en su actual carácter político y estatal. La mayoría de sus adherentes, aún en los barrios más genuinamente obreros, son plebeos; la materialización de su programa mínimo, completa y satisface los deseos de la burocracia, brindándole nuevos puestos que la engrasan y potencia-



